

Implicancias de la resignificación de la espacialidad en las categorías de análisis geográfico. La revalorización del territorio como constructo social

Implications of the resignification of spatiality in the categories of geographic analysis. The revaluation of the territory as a social construct

Cristina Ofelia Valenzuela¹
María Laura Figueroa²

“Nuestra época sería más bien la época del espacio. Vivimos en el tiempo de la simultaneidad, de la yuxtaposición, de la proximidad y la distancia, de la contigüidad, de la dispersión...”. (Foucault, 1984)

Resumen

Con el presente trabajo nos proponemos aportar a la reflexión acerca del impacto de la re-significación de la espacialidad en las categorías de análisis geográfico, con particular énfasis en la del territorio y la territorialidad. Para ello examinamos, en primer lugar, el creciente eclecticismo del “espacio geográfico” en las distintas corrientes de pensamiento coexistentes en la disciplina geográfica que puede ser calificada de “multiparadigmática”. También reflexionamos sobre el efecto del redimensionamiento de las principales categorías analíticas, poniendo particular atención en la revalorización del territorio como construcción humana. Se aporta un ejemplo de esta categoría analítica de fundamental importancia para la geografía, examinando la compleja convivencia de territorialidades que genera el usufructo económico en espacios compartidos por actores con distintas lógicas de aprovechamiento de los recursos.

¹ Doctora en Geografía. Universidad Nacional de Cuyo, Argentina. Filiación Institucional. Investigadora independiente, CONICET-UNNE. País. Argentina. Correo electrónico: cvalenzu@bib.unne.edu.ar

² Profesora de Geografía. Universidad de Catamarca, Argentina. Filiación Institucional: Becaria de CONICET-UNNE. País: Argentina.

Palabras claves: Espacio geográfico, territorio, territorialidad, pensamiento geográfico.

Abstract

The present paper intends to contribute to the reflection on the impact of the re-significance of the spatiality in the categories of geographic analysis, with particular emphasis on territory and territoriality. So, we examine, in the first place, the increasing eclecticism of “geographic space” in different currents of valid thought coexisting in geographical discipline that can be described as “multiparadigmatic”. We also reflect on the effect of the new meanings of the main analytical categories with special attention to the revaluation of the territory as a human construction. And we provide an example of this analytical category of fundamental importance for Geography, by examining the complex coexistence of territorialities that generates the economic usufruct in spaces shared by actors with distinct ideas about the use of resources.

Keywords: Geographic space, territory, territorialities, geographic knowledge.

Introducción

La práctica disciplinar, que conlleva la ineludible investigación del *¿dónde?* y del *¿por qué allí?* de cualquier fenómeno, acontecimiento o proceso que interese a los geógrafos, *exige la constante reconsideración de las múltiples dimensiones de la espacialidad*³.

En los últimos 30 años, la evolución de la disciplina geográfica ha asistido a una constante resignificación de la espacialidad, y con ella, del concepto de espacio geográfico y de sus categorías de análisis. Esta renovación de los alcances del objeto de la geografía, se dio en un contexto de permanente ampliación de las perspectivas teóricas y metodológicas de la disciplina, de difusión de nuevas técnicas de análisis y de creciente riqueza de recursos y opciones de transmisión, procesamiento, almacenamiento y búsqueda de la información. A todo ello se sumó —con una tendencia creciente— la apertura de los geógrafos hacia otras disciplinas tales como la economía, antropología, historia y sociología, que fue ejerciendo una enorme influencia sobre el espectro conceptual referido a la dimensión espacial de los fenómenos, dando lugar a nuevos enfoques interdisciplinarios y a un reposicionamiento de la espacialidad como elemento clave de las relaciones sociales. Como señala

Farinós Dasí (2001, p. 56): “El espacio se constituye en el elemento clave para la comprensión e interpretación de la realidad económica, social, política y cultural del mundo contemporáneo”⁴.

La espacialidad con base física debe compartir su rol de objeto de estudio geográfico con nuevas formas de manifestación. Los nuevos alcances del objeto de la geografía involucran representaciones que conducen al replanteo de nociones básicas, tales como: *dentro y fuera*, *cercanía y lejanía*, y sus derivaciones en las relaciones de ubicación, tales como *posición, extensión, distancia, límite, frontera, umbrales simbólicos*, etc.

Las nociones, representaciones y prácticas discursivas acerca de los principales atributos de la dimensión espacial, —localización, a ubicación (o situación), escala, distancia y accesibilidad (con su dicotomía de lejanía y proximidad)— se ven progresivamente transformadas por la extraordinaria evolución de las nuevas tecnologías de la información y comunicación, que ponen al mundo —en su condición virtual— al alcance de la mano. Quizás el mejor ejemplo que ha de mencionarse en este sentido, es el derivado de la sensación de accesibilidad cuasi ilimitada brindada por el ciberespacio y las redes digitales que dan origen a espacios fluctuantes, “colectivos sociales que se materializan, que existen en tanto

³ Soja (1996, p. 76-81) considera que la geografía, al estudiar la espacialidad, debe partir de una epistemología del espacio fundamentada en una relación dialéctica entre la espacialidad percibida (espacialidad física), la espacialidad concebida y la espacialidad vivida. Ninguna de las espacialidades debe ser estudiada en compartimentos disciplinares especializados, ni dotada de prioridad ontológica sobre las otras (Delgado, 2003, p. 124).

⁴ Dice Farinós Dasí: “A finales de la década de los 80 muchos geógrafos se introducían en los campos de otras ciencias sociales paralelas (sociología, economía, historia, antropología) en busca de fuentes alternativas para analizar los procesos territoriales que trascendían una definición estrictamente espacial”. (2001, p. 56).

son contruidos y visitados” (Mayans i Planells, 2005) y cuya accesibilidad no tiene relación con la distancia.

En el contexto de la globalización económica, cultural y tecnológica, al panorama disciplinar de polisemia conceptual se suma la ampliación del conjunto de cuestiones inherentes a la geografía. Amin (2005, p. 78) nos llama la atención sobre el proceso de sustitución de un orden mundial de formaciones territoriales arraigadas “...compuesto de un perceptible dentro y fuera, por un mundo de configuraciones espaciales heterogéneas en términos de su forma geográfica, alcance, influencia y duración”. Las “nuevas geografías” inmanentes a estas neoconfiguraciones espaciales, conllevan redes de actores diversos, multiplicidad de agentes y escalas y dinanismos muy complejos de construcción, apropiación, percepción y vivencia del espacio, y expanden exponencialmente el acervo temático de la geografía, hecho que se traslada a las temáticas emergentes en los estudios disciplinares. Cuestiones tan diversas como la estigmatización o sacralización de los espacios, la identidad territorial, la regulación entre los intereses inmobiliarios y la protección de los ámbitos expuestos a riesgos ambientales crecientes, la producción de espacios diferenciados en su potencialidad productiva por intereses económicos en pugna, la construcción política y comercial de la atractividad de los lugares y regiones, la vulnerabilidad diferencial derivada del desarrollo desigual y las territorialidades en disputa... y la lista podría seguir por varias páginas.

Para los nuevos problemas, la geografía dispone de renovados enfoques que trasuntan una búsqueda interdisciplinaria. Desde una concepción ecléctica del espacio geográfico y atendiendo a la complejidad creciente y multiescalar de los escenarios tecnológicos, políticos y socioeconómicos actuales, adquiere pleno sentido la visión multiparadigmática como perspectiva comprometida y aporte original de la geografía y los geógrafos a la solución de los problemas que nos plantea la vida en el siglo XXI.

En este contexto es que el presente trabajo se propone examinar los alcances del objeto de la geografía y aportar a la reflexión acerca del impacto de la resignificación de la espacialidad en las categorías de análisis geográfico, con particular énfasis en la del territorio y la territorialidad, examinando un ejemplo de construcción de territorialidades.

1. El creciente eclecticismo del “espacio geográfico” en las distintas corrientes de pensamiento coexistentes en la disciplina

La geografía dispone hoy de un amplio y variado conjunto de instrumentos conceptuales y metodológicos que resultan de la riqueza del aporte que han realizado los geógrafos al avance de la disciplina y al conocimiento y la comprensión del espacio como un todo. Un conjunto integrado en permanente transición que es, a la vez, proceso y resultado, y que está representado por las prácticas sociales

que lo construyen y re-construyen, y por las instancias de esa construcción que van desde la de la actuación espacial directa, física, a la de la producción simbólica, la proyección o proyecto de espacio y el discurso sobre el mismo.

Son los propios geógrafos quienes han hecho el esfuerzo de sistematizar las corrientes de pensamiento de la geografía contemporánea. En este marco hemos intentado sistematizarlas, basándonos fundamentalmente en el análisis de los aportes de Juan Romero González et al. (2007); Daniel Hiernaux y Alicia Lindón (2006); Ash Amin (2005); Félix Pillet Capdepón (2004); Andrés Precado Ledo (2004); Ovidio Delgado Mahecha (2003); José Luis Sánchez Hernández (2003); José Ortega Valcárcel (2000); David Harvey (2003); Milton Santos (2000); Silvia Santarelli, y Marta Campos (2002); Javier Gutiérrez Puebla (2001); Gustavo Montañez Gómez (2001); Joaquín Farinós Dasí (2001); Horacio Capel (1998 y 1981); Rafael Puyol, José Estébanez y Ricardo Méndez (1995); Ricardo Méndez y Fernando Molinero (1994); Eduard Soja (1993); Félix Driver (1994); Jorge Pickenhayn (1994); Tim Unwin (1992); José Estébanez (1982); Josefina Gómez Mendoza, Julio Muñoz Jiménez y Nicolás Ortega Cantero (1982); Antoine Bailly y Jean-Bernard Racine (1978), entre los múltiples autores que han analizado el tema en los últimos treinta años.

El resultado de ese ensayo de síntesis es el diseño de esta línea de tiempo que sistematiza el surgimiento y la permanencia de las principales corrientes de pensamiento

de la geografía y las consecuentes concepciones del espacio como objeto de estudio.

Es preciso señalar que la sistematización adelantada en el párrafo precedente no agota el complejo panorama teórico de la disciplina, sino que pretende sintetizar su evolución desde fines del siglo XIX hasta la fecha, con una visión integradora que rescate la notable riqueza de los distintos aportes.

Una primer mirada al esquema, muestra la pervivencia de los distintos enfoques o paradigmas⁵ en la geografía actual, y la riqueza que esta multiplicidad de perspectivas otorgó a la disciplina. También puede advertirse la intensidad creciente con que a partir de la década del 60 y en principio como reacción al positivismo, pero luego por un conjunto de factores muy diversos, la geografía va buscando –mediante los distintos enfoques– las opciones de respuesta a los interrogantes que se van sumando al espectro temático.

La evolución del pensamiento geográfico fue ramificándose y diversificándose como reacción a la necesidad de atender

5 Aquí se plantea la necesidad de distinguir qué entendemos por paradigma, para diferenciarlo de las escuelas o tradiciones. Estas últimas son el resultado de estructuras institucionales y académicas desarrolladas en ámbitos universitarios y asociadas a ciertos geógrafos destacados. En cambio, los paradigmas de la geografía son independientes de aquellas y están conformados, según la definición de Pérez Serrano (1994), como "un conjunto de creencias y actitudes, una visión del mundo compartida por un grupo de científicos, que implica metodologías determinadas. El paradigma, como fuente de métodos, problemas y normas de resolución aceptados por una comunidad de científicos, señala las hipótesis, el método y la instrumentación necesaria para la contrastación".

aspectos de la realidad que no eran contemplados en los estudios efectuados desde otras perspectivas teóricas, o bien con el objetivo de enfocar nuevas temáticas, para las cuales las aproximaciones tradicionales resultaban insuficientes. Y en tercer lugar se advierte que, en la medida en que el panorama teórico metodológico de la geografía se fue tornando más complejo y contentivo, la noción de espacio fue evolucionando desde el espacio absoluto de las perspectivas determinista y posibilista de la primera mitad del siglo XX, hacia el espacio relativo de la “nueva geografía” y de la corriente del comportamiento y la percepción y las innovaciones sistémicas, hasta el espacio relacional que comparten tanto los enfoques críticos, como las corrientes fenomenológica y existencial de la geografía humanista y las perspectivas posmodernas.

Este devenir conceptual incidió sobre las principales categorías analíticas del espacio. Al medio natural de los deterministas se sumó el *milieu* de los posibilistas y el *Landschaft*, que se convierte en concepto clave de la concepción geográfica alemana (Ortega, 2000, p. 49).

El carácter exclusivo y con ello “la tentación excepcionalista” —en términos neopositivistas—⁶ de estas categorías

analíticas, fue muy cuestionado hacia mediados de siglo XX. Ante el espacio-escenario, los anglosajones proponen el espacio geométrico y con él, el énfasis se centra en el orden y la organización del mismo, pero en términos relativos, poniendo la atención en la extensión y distancia como principales elementos de análisis estadístico.

La *región* de los teoréticos puede ser clasificada internamente en términos de homogeneidad o funcionalidad. El criterio dominante en la definición de la primera, descansará directa o indirectamente sobre la repetición de ciertos rasgos. La funcionalidad apelará a los flujos, fundamentalmente económicos, que determinarán la conformación de un núcleo regional y su respectivo *hinterland*, (área de influencia). Y el interés metodológico se centrará fundamentalmente en identificar patrones de distribución, crear modelos de comportamiento espacial y afinar los procedimientos de delimitación de las regiones.

Este espacio isomorfo, objetivo y neutro, despojado de subjetividades, vivencias y estrategias de poder, continúa siendo uno de los instrumentos analíticos de los geógrafos cuantitativos hasta la actualidad. Pero a él se suma la identificación del espacio como *producto social*, como

6 El paradigma cuantitativo o la “nueva geografía” apoya y fundamenta su razón de ser y sus métodos en el positivismo lógico. Sus postulados principales propugnan por una ciencia unificada, para lo cual era necesario buscar un lenguaje exento de contaminación subjetiva y de juicios de valor, un lenguaje neutro inspirado en el análisis lógico. El uso de la lógica y las matemáticas es lo que lo diferencia del positivismo del siglo XIX, que privilegió un esquema explicativo determinista con el método de investigación

propio de las ciencias naturales. Este neopositivismo surge en la geografía como una respuesta a las insuficiencias del enfoque regional posibilista, poco adecuado a las nuevas problemáticas de la sociedad urbana e industrial. En la segunda posguerra, el énfasis en el estudio de la organización territorial de la economía y del desarrollo económico torna necesaria la búsqueda de las leyes que regían la ordenación del espacio.

producto humano conformado y reconstruido constantemente por medio de las prácticas —físicas, imaginarias y semánticas— de los agentes sociales que le dan entidad como objeto de la geografía.

La creciente flexibilidad y coexistencia de enfoques, enriquece a las principales categorías analíticas de la disciplina: la *región* y el *territorio* en las escalas intermedias, y el *lugar* como depositario indiscutible de los fenómenos espaciales. Como ejemplo de estas tendencias, cabe citar la reflexión que Joaquín Farinós Dasí (2001) rescata de Albet (1993, p. 91), cuando aquel destaca la reformulación de la geografía regional:

La región como escenario de interacción social y espacial propio de la teoría de la estructuración, el interés de la geografía radical marxista por el desarrollo desigual, la diferenciación regional producto de las divisiones territoriales del trabajo propia del postfordismo y el énfasis en la trascendencia de la identidad local y regional de la geografía humanista, son elementos que convergen y desembocan en una nueva geografía regional de los procesos de reestructuración social y espacial. (Albet, citado por Farinós, 2001, p. 57)

Es que la dimensión espacial como cuestión esencial de la geografía encuentra en cada enfoque alcances diferenciados. Cada paradigma y cada escala otorgan una significación diferencial a los fenómenos, es decir, lo que parece sig-

nificativo o tiene sentido en un enfoque teórico metodológico y en una escala (que se revela, aunque sea de modo tácito, como la más adecuada para el estudio de la problemática), no tiene por qué registrarse en otro enfoque y escala con la misma intensidad o importancia. Esto no debe ser visto como un problema, sino como *una pluralidad de opciones disponibles* que exigen superar la idea de una disciplina apegada a enfoques rígidos y metodologías excluyentes. Como expresa Pillet Capdepón, (2004, p.151), “El actual eclecticismo geográfico nos permite elaborar un corpus epistemológico con las principales aportaciones de los distintos paradigmas”.

Las posibilidades derivadas del contexto multiparadigmático de la geografía contemporánea permiten enfocar a un mismo fenómeno desde distintos paradigmas y escoger la categoría analítica que mejor se ajuste al mismo. Esto significa que es posible estudiar, por ejemplo, el tema de la expansión urbana de las ciudades intermedias argentinas desde una perspectiva teórica, cartografiando las sucesivas expansiones de la superficie construida y sectorizando en los planos resultantes a las principales tipologías de urbanización. Y, simultáneamente, es posible examinar la percepción diferenciada de la ciudad por parte de sus residentes, según criterios tales como la edad, el sexo, el domicilio y el tiempo de residencia en el lugar. A ello puede sumarse —siempre siguiendo el ejemplo—, el estudio de las vivencias cotidianas de los habitantes del área residencial, del área periférica de construcciones precarias y del área con

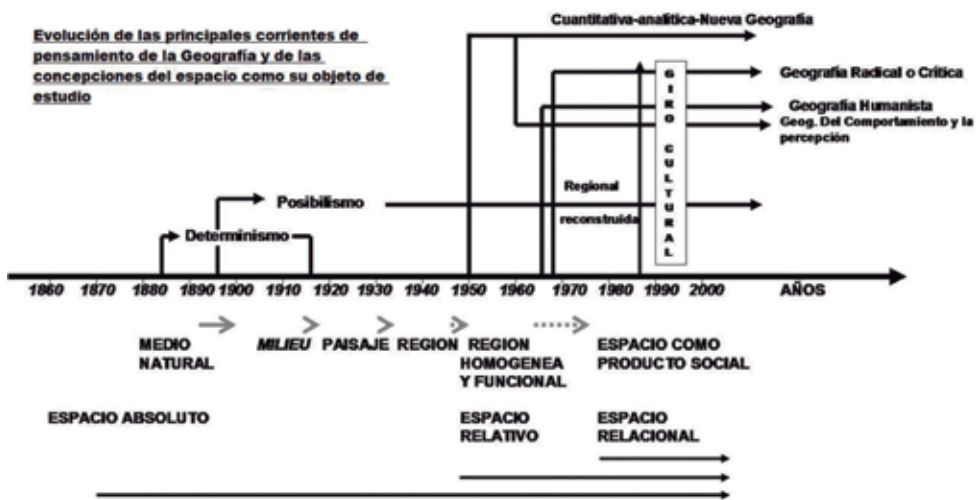


Figura N° 1

Elaboración propia con base en Estebáñez (1989); Ortega Valcárcel (2000), Santarelli y Campos (2003); Lindón y Hiernaux (2006) y Romero González y otros (2007).

viviendas planificadas y sus respectivas sensaciones en relación con “los otros” que cohabitan la misma ciudad.

Este ejemplo nos hace advertir que en los enfoques coexistentes en el corpus disciplinario existe cierta preferencia por temáticas específicas, que implican a su vez, la adopción de determinadas escalas de análisis.

El posibilismo historicista de la corriente regionalista francesa, en la primera mitad del siglo XX, privilegió la escala regional, corográfica, en el marco metodológico inductivo-historicista para analizar el espacio absoluto. Los estudios en geografía a escala regional partían normalmente de la selección exclusiva y distinta de un paisaje, resultante de la combinación específica de elementos naturales y humanos a

lo largo del tiempo, es decir, de la presencia histórica de una comunidad y la decantación secular de una íntima conexión con su medio físico.

La secuencia de análisis de estas unidades regionales originales (a las que pueden asimilarse por ejemplo las “comarcas”⁷) implicaba iniciar el enfoque con la descripción del sustrato físico como basamento y escenario, para luego tratar los procesos de ocupación humana que permitieran comprender su originalidad, en un marco teórico-metodológico, inductivo-historicista. Los estudios geográficos a escala regional partían normalmente de la selección de una porción de la superficie terrestre,

7 “La comarca es uno de los espacios de más tradición en la geografía española y una realidad territorial que mantiene su vigencia”. (Precedo, 2004, p. 30).

cuyos límites eran fundamentados a posteriori, sencillamente por la contundencia de su originalidad, alcanzando algunas de estas descripciones un grado de exquisitez narrativa notable, como fruto de una comprensión cabal, acuñada lentamente luego de años de elaboración (Valenzuela, 2006, p. 24).

La nueva geografía, cuantitativa, teórica o neopositivista, al concentrarse en la organización formal, estructural y en muchos casos abstracta, del espacio relativo, con metodologías hipotético-deductiva o inductiva probabilística, para la búsqueda del orden en el espacio y los modelos de organización espacial, osciló entre las escalas regional y mundial, primordialmente. En trabajos cuantitativos, el nivel de resolución viene dado y no se discute como tal, mediante la selección de porciones particulares de territorio derivadas de la organización política del mismo: provincias, estados, distritos, departamentos. A estas unidades administrativas está referida la mayor parte de la información estadística que cuantifica los fenómenos referidos a aspectos sociodemográficos y económicos. La geografía del comportamiento y la percepción, manifestó una preferencia metodológica por la escala local, (localidades, poblados, centros urbanos), al enfocar las percepciones individuales y grupales en espacios acotados (pero a este nivel exploró, a su vez, la percepción del espacio personal, local, regional y lejano) partiendo del concepto del espacio geográfico como un espacio relacional.

La geografía radical o crítica, desde su concepción del espacio como el escenario de los innumerables conflictos derivados de la acción del capitalismo a escala global, regional y local, exploró la dinámica entre las diferentes escalas, al enfocar las relaciones económicas asimétricas, el intercambio dispar y los procesos de desarrollo desigual. La geografía humanista en sus distintos enfoques (fenomenológico existencial, e idealista) y el giro cultural, enfatizaron el concepto de “lugar”, y con él, la escala local. El lugar es construido por la propia experiencia humana y es posible indagar acerca de los significados y los vínculos emocionales existentes entre este y sus habitantes, descifrar las implicancias del “espacio vivido”.

En el enfoque posmoderno, lo que se precisa para estudiar el espacio es un lugar, es decir, se requiere de lugares concretos y no de nociones abstractas. La escala local se erige como necesaria en la medida en que se enfoca la espacialidad generada por las relaciones entre los actores.

Estas preferencias escalares están estrechamente vinculadas a las simpatías temáticas de cada paradigma, factor que merece un examen exhaustivo que excede el propósito de este trabajo. No obstante y como parte de ese hecho, hemos de examinar aquí, en el siguiente apartado, *la categoría analítica del territorio y la territorialidad como una de las cuestiones que han cobrado creciente importancia y renovada atención por parte de la sociedad y de las ciencias sociales.*

2. El redimensionamiento de las principales categorías analíticas. La revalorización del territorio como construcción humana

La atención hacia el territorio como categoría analítica, se apoya en su creciente valoración como expresión y sedimento del conjunto de acciones que construyen el espacio geográfico. Nos interesa fundamentalmente el territorio, porque implica inevitablemente las dimensiones política, identitaria y afectiva del espacio geográfico, como apropiadamente señala Montañez Gómez, quien lo define como

un concepto relacional que insinúa un conjunto de vínculos de dominio, de poder, de pertenencia o de apropiación entre una porción o la totalidad espacio geográfico y un determinado sujeto individual o colectivo... El territorio es, pues, el espacio geográfico revestido de las dimensiones política, identitaria y afectiva, o de todas ellas. (2001, p. 20-21).

Estos vínculos de pertenencia y de apropiación han cobrado una creciente significación en el marco de la volatilidad, despersonalización y “liquidez” de las relaciones humanas en un mundo globalizado. El espacio como dimensión en la cual necesariamente transcurren las relaciones interpersonales y sociales, es revalorizado como parte del sentido de pertenencia, de identidad y de vínculo afectivo. Si bien la tecnología ha relativizado casi por completo la distancia, siendo factible la intercomunicación casi instantánea desde y

hacia cualquier parte del mundo, los seres humanos siguen transitando, “pisando” sus lugares, y demarcando y apropiándose de sus territorios. Permanece lo que Milton Santos (2000, p. 73-74) denominó la relación entre “el valor de la acción y el valor del lugar donde se realiza...”. Los espacios continúan evidenciando valorizaciones distintas. En este sentido es que en el territorio, como construcción en permanente configuración, confluyen diversos ejercicios de territorialidad, no solo secuencial sino simultáneamente, y en la resolución de sus intercambios se gesta su sentido propio. Así entonces, el espacio como territorio se concibe como un estadio relacionado con la concreción de una territorialidad, comprendiendo esta última, expresiones territoriales tanto tangibles como virtuales, correspondientes a registros personales o colectivos, (Echeverría & Rincón, 2000, p. 18-19).

Avendaño Flores (2010, p. 15) señala que la territorialidad desde la perspectiva geográfica, implica tres ejes conceptuales enlazados: involucra la acción de significar un lugar y con ello, proteger, marcar, generar y alterar el territorio mediante hábitos, ritos, costumbres, prácticas y usos por un sujeto individual o colectivo, y también abarca los vínculos de dominio y de poder, y la apropiación vista como los modos de vivir y habitar un territorio, concordando con Lindón (2006) en que “las personas hacen sus lugares, los transforman material y/o (sic) simbólicamente, se apropian de ellos, les otorgan ciertas funciones, los eluden, los abandonan o los hacen suyos” . (Lindón, citada por Avendaño, 2010, p. 31)

Aquí se abre un riquísimo conjunto de posibilidades temáticas para los geógrafos. Si bien la lista podría extenderse por varias páginas, se erigen como objetivos de estudio disciplinar cuestiones tales como: las acciones que ejercen las personas y los grupos sociales para construir espacios, apropiarse de ellos, demarcarlos material y simbólicamente y sostener cotidianamente una territorialidad afectiva e identitaria; la pertenencia o no a ciertos ámbitos (tangibles o virtuales) y con ella la delimitación que distingue a “*los de adentro*” y “*los de afuera*”; las posibilidades y las restricciones al transitar en el espacio, las barreras simbólicas y las barreras físicas, el poder de *entrar* y el poder de *salir*, los límites a la circulación, los exilios a toda escala, la construcción y re-construcción del sentido de pertenencia a un territorio, las acciones para identificarse con sus atributos distintivos, los mecanismos de protección, de vigilancia de los espacios cercados, la accesibilidad diferencial, los espacios “seguros”, etc.

Montañez Gómez destaca que las territorialidades:

... son siempre relativas y jerárquicas; el grado de relatividad y las características de la jerarquía son expresión de la naturaleza de la organización social y de la manera como se distribuye el poder en la sociedad. En una porción de espacio geográfico pueden existir muchos territorios y, por supuesto, muchas territorialidades; sin embargo, su grado de relatividad

y jerarquía es seguramente muy diferente. Territorios y territorialidades coexisten de manera consensuada o en conflicto. (1997, p. 22)

En relación con los conflictos derivados de territorialidades que entran en contradicción, Jordan (1996, p. 31) reconoce que el conocimiento del papel de la territorialidad en el apoyo de identidades amenazadas puede contribuir potencialmente a desarrollar estrategias para crear precondiciones favorables en los esfuerzos de resolución de conflictos. Y señala:

Si las partes en conflicto tienen siquiera acceso a lo que es vivido como espacios seguros, que garanticen la continuidad de sus identidades, será mucho más fácil desarrollar una perspectiva de la parte contraria que si no existe un espacio seguro. Las agrupaciones territoriales creativas que aseguren al menos espacios seguros provisionales podrían jugar un papel clave en las fases críticas del proceso de resolución de conflictos. (Jordan, 1996, p.57)

Las posibilidades de análisis de esta rica trama de implicancias de la territorialidad como expresión y ejercicio de la construcción humana del espacio geográfico, representan un desafío a la tarea del geógrafo, como privilegiado intérprete de esta compleja dinámica. La próxima sección busca profundizar en esta dinámica de la apropiación del espacio y de ejercicio de la territorialidad y las posibles perspectivas de investigación que estas

facetas brindan a la tarea disciplinar, a partir de un ejemplo concreto.

3. La apropiación y el anclaje en el espacio geográfico. La territorialización como práctica y proceso

La territorialización, entendida como anclaje, enlace, imbricación, incrustación entre el conjunto de acontecimientos que sustentan una territorialidad y el área material o simbólica de incidencia de esta. La territorialización responde a condicionantes y propósitos, se manifiesta en prácticas y expresiones materiales y simbólicas, supone jerarquías y admite matices en su duración e intensidad, entendidos como los estadios intermedios entre el anclaje estricto y el desanclaje⁸ o desterritorialización⁹.

La territorialización es un proceso constante en las relaciones humanas, que se manifiesta a toda escala e involucra un conjunto de acciones de “apropiación”. En este sentido es ilustrativo el modelo

de apropiación dual del espacio postulado por Pol en 1987, quien, junto a Moreno (1999) lo define como

un fenómeno complejo que engloba varias dimensiones, las cuales pueden desglosarse en una componente comportamental que supone “acción-transformación” y otra de “identificación simbólica” que supone una identificación del sujeto con el espacio que incluye procesos afectivos, cognitivos e interactivos. Ambas componentes son fundamentales, puesto que finalmente se trata de reconvertir un espacio ajeno en un lugar significativo y en este proceso la dimensión comportamental ocupa un lugar principal¹⁰.

La apropiación, en términos de territorialización, supone prácticas materiales e imaginarios y discursos que se van decantando, se van territorializando y arraigando según *anclajes diferenciados*. Echeverri Perico (2009) señala que la construcción de territorios como espacios de expresión de la territorialidad es un proceso vivo.

La territorialización no es estable,

8 Giddens (1994, p. 101) define el proceso de desanclaje como “el “despegar” las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción y su reestructuración en intervalos espaciotemporales indefinidos. Siguiendo el razonamiento, el “desanclaje” ocurriría cuando los componentes de radicación espacial son perfectamente sustituibles por otros, que no son específicos de un determinado lugar. Un ejemplo apropiado de este desanclaje lo constituyen las nuevas prácticas de la agricultura empresarial desterritorializada, asociada a agentes que se incorporan de manera especulativa y temporaria a la producción agrícola provincial.

9 Como señala Herner (2009) “La desterritorialización implica, además, la desarticulación del referente clave de las culturas: el territorio, espacio común donde se materializan las prácticas, que marca las fronteras entre “nosotros” y los “otros” (los de “adentro” y los de “afuera”).”

10 Mediante la acción sobre el entorno, la persona y la colectividad transforman el espacio, dejando su impronta, y lo incorporan en sus procesos cognitivos y afectivos de una manera activa y actualizada. Es decir, lo dotan de significado individual y social a través de los procesos de interacción. Por la interacción simbólica la persona y el grupo se reconocen en el entorno y por procesos de categorización del yo se autoatribuyen sus cualidades como definitorias de su propia identidad. (Moreno & Pol, 1999, p. 346-47).

es dinámica, muda de acuerdo con las circunstancias políticas e históricas. Se entiende, así, como territorialización al proceso que delimita los alcances o límites que abarca un proceso determinado, por ello puede encontrarse diferentes tipos de territorialización superpuesta sobre espacios geográficos, contrario a lo que ocurre con los procesos de regionalización. (Echeverri, 2009, p. 34)

A modo de ejemplo puede mencionarse la compleja convivencia de territorialidades que genera el usufructo económico en espacios compartidos por actores con distintas lógicas de aprovechamiento de los recursos. Este tipo de contradicciones se da por ejemplo entre los intereses de la agricultura de tipo empresarial, desarrollada a gran escala y orientada a la exportación y la pequeña agricultura familiar tradicional; o también entre la megaminería transnacionalizada y los emprendimientos mineros tradicionales a pequeña escala. Otros ejemplos podrían ser la tensión resultante de la diferencia de intereses del negocio turístico e inmobiliario y la protección del medio ambiente, en ámbitos cuya preservación no ha sido regulada institucionalmente, o la resistencia a escala vecinal ante ocupaciones espontáneas de predios municipales, etc.

Las “geografías” inmanentes a estas configuraciones espaciales, conllevan redes de actores diversos y dinanismos muy complejos. Desentrañar esas tramas se presenta como una oportunidad y un desafío para los geógrafos.

4. El conocimiento del territorio como insumo. El caso de las territorialidades asociadas al cultivo del algodón en la provincia del Chaco

El conocimiento de los diversos ejercicios de territorialidad que han construido un sentido de arraigo espacial en un espacio determinado, generando sentimientos de pertenencia al mismo y de identificación con las prácticas que lo construyen y reconstruyen permanentemente, se presenta como esencial por su aporte sustancial al diseño de políticas de intervención. Cualquier estrategia política que pretenda incidir sobre una realidad específica debe considerar su territorio de incidencia como un constructo en constante transición, en el cual conviven territorialidades distintas.

Echeverri Perico (2009) resalta el papel de este “saber” como insumo estratégico:

En el marco político institucional, la identidad asociada al territorio se expresa como territorialidad que denota el sentimiento político, la energía social, la voluntad colectiva, que hace que existan sentimientos como el (...) amor por el terruño y otras muchas manifestaciones de una fuerza social objetiva, de cuyo reconocimiento y comprensión depende la viabilidad de muchas de las estrategias de desarrollo. (2009, p. 9)

La construcción de un modelo de desarrollo que permita la coexistencia no an-

tagónica entre distintas lógicas de manejo de los recursos y de apertura territorial hacia el mundo, implica la valoración diferencial de prácticas guiadas por intereses tan legítimos como distintos. Como distingue Milton Santos (2000, p. 73-74), “En cada momento hay una relación entre el valor de la acción y el valor del lugar donde se realiza; sin esto, todos los lugares poseerían el mismo valor de uso y el mismo valor de cambio, valores que no serían afectados por el movimiento de la historia”.

El examen de las posturas que reflejan identidades construidas históricamente y espacialmente enraizadas, se centra en el conjunto de disposiciones —entendidas como las posturas y determinaciones de agentes diferenciados en sus motivaciones, posibilidades y expectativas— que resultan de la acción colectiva transcurrida en un ámbito determinado, para comprender el fundamento del apego por ese entorno, que fue y es moldeado por lo que David Harvey (2007, p. 191) llama “las vidas transcurridas en un lugar”.

A fin de profundizar en los procesos de construcción y persistencia de territorialidades y su “resistencia” ante la presión de nuevas lógicas de usufructo del espacio, enfocaremos muy brevemente un ejemplo en la siguiente sección.

4.1 Un ejemplo de construcción y persistencia de una territorialidad productiva

El apartado siguiente enfoca un ejemplo de la construcción y anclaje de una

identidad territorial y su persistencia en medio de un contexto de fuerzas desiguales e intereses antagónicos, para ilustrar acerca de la importancia del examen de las prácticas y expresiones materiales y simbólicas mediante las cuales los actores “territorializan” el espacio. La interpretación de estos procesos, constituye un insumo estratégico para cualquier decisión política que deba tomarse —desde una visión integral— sobre un universo de intereses diferenciados.

En el Chaco, provincia del noreste de la República Argentina, el algodón fue el cultivo por excelencia de los pequeños y medianos¹¹ productores desde 1920, y, a nivel nacional, la provincia aportó históricamente entre un 70% y un 85% del total nacional (Valenzuela, 2006, p. 114). A finales del siglo XX, la actividad transitó una serie de problemas que determinaron la crisis del modelo algodonero tradicional. A pesar de ello, ciertos estratos mantuvieron sus modalidades tradicionales de manejo, sobreviviendo gracias a prácticas culturales y hábitos históricamente sustentados por una consideración estatal diferencial. El amplio espectro de agentes que incluía el sector agrícola de este espacio, pudo mantenerse debido a una política de sostén indirecto ejercida por los gobiernos municipales, territorianos, y posteriormente provinciales, que sostuvieron al cultivo de algodón como el distintivo identitario generador

11 Cabe señalar que la calificación de “pequeños” y de “medianos” debe contextualizarse de acuerdo con las características ecológicas y los procesos de ocupación del espacio en el área de estudio. Las extensiones asociadas a esas categorías serán explicadas más adelante.

de trabajo. En ese contexto, la pequeña propiedad caracterizó la ocupación del espacio fiscal del interior del Chaco, ya que se asignaron parcelas que promediaron entre 30 y 50 hectáreas, tamaño por entonces suficiente para explotaciones de tipo familiar. En un medio natural difícil, la gran mayoría de los colonos tomó el pedazo de tierra que podía trabajar y en ese proceso quedó establecido el perfil del sector agrícola chaqueño, por la combinación de la escasez de tierra y la reducida capacidad económica de los ocupantes agrícolas, la cual limitó el área de instalación a la potencialidad del trabajo familiar.

Hacia 1960, la producción algodonera entró en una profunda crisis por la sobreabundancia y disminución de los rendimientos medios. En esa década fueron primero el maíz y luego el sorgo granífero, las especies reemplazantes. Entre 1976 y 1979/80, se registró una nueva expansión de la superficie sembrada (Valenzuela, 2006, p. 118). A finales de ese período comenzaron a sentirse los efectos de la política económica nacional, que tuvo consecuencias negativas sobre la economía chaqueña¹². La retracción de la industria textil nacional ocasionó la caída de la demanda de la materia prima interna y aceleró el endeudamiento y la descapitalización del sector agropecuario, generando un mayor acaparamiento de tierras y un crecimiento desequilibrado en detrimento de los pequeños y medianos productores.

12 En general, desde la segunda mitad de la década del 70 se advierte una evolución desequilibrada del sector primario. El sector terciario fue sustituyendo al agropecuario como dinamizador de la economía en esa provincia.

En los siete años siguientes ocurrió la segunda crisis algodonera por la caída de los precios internacionales y el aumento de los costos de los insumos. Aquí fue primeramente el girasol el reemplazante y luego el sorgo (que llegó a ocupar un 44% de la superficie sembrada en 1982/83) y ambos combinados, cuando en 1986 la superficie sembrada con algodón registró la mínima histórica, (Valenzuela, 2006, p. 121). El estancamiento se extendió a toda la década del 80, con una caída general de la producción agropecuaria.

A partir de 1991, la apertura externa, la acelerada inserción de la economía en el flujo comercial y financiero internacional y la ausencia de regulación estatal, llevaron, en muchos casos, a que el sector externo se convirtiese en el principal destino de la producción. En los casos en que la demanda interna siguió siendo el principal destino, el proceso de determinación de los precios de comercialización de todos los bienes quedó supeditado a la cotización de los mercados internacionales. El Estado dejó de intervenir en la fijación de precios mínimos o en su determinación indirecta, y se abstuvo de precisar pautas de comercialización. Las nuevas políticas y los aumentos de producción logrados no alcanzaron a todos los integrantes del sector agropecuario, favoreciendo, en términos generales, la concentración de la producción en unidades de mayor tamaño, mejor preparadas para obtener financiamiento y para incorporar tecnología.

Hasta ese entonces estos estratos pequeños productores se habían “aferrado” al

algodón como principal práctica agrícola, porque siempre las “rachas” de éxito disiparon los efectos de las crisis precedentes. El algodón siempre se impuso hasta finales de los años 90, por ser una especie altamente adaptable a condiciones naturales rigurosas y garantizar una mayor seguridad comparativa en la cosecha, en relación con otras especies potenciales y porque permitía obtener mayores niveles comparativos de ingreso por hectárea, aún cultivándolo en pequeñas extensiones, (Valenzuela, 2006, p. 103). Pero la conjunción del descenso marcado de los precios internacionales, la inundación extraordinaria de finales de 1998 y la posterior devaluación del real en Brasil —hasta entonces principal destino de las exportaciones chaqueñas—, generaron una crisis muy grave del sector, entre finales de la década del 90 y mediados de la década siguiente. La gravedad de la situación obedeció a la magnitud del endeudamiento de pequeños y medianos productores y las deudas de las cooperativas; además, las cosechas algodoneras —a partir de 1999—, fueron las peores en la historia del país. En ese contexto, los menores costos de implantación y la difusión de la siembra directa fueron los factores dominantes para la expansión de distintas variedades de soja en la provincia.

En el examen de los discursos periodísticos del principal periódico local (con más de 50 años de trayectoria en la provincia), particularmente en las ediciones de los años 2002 y 2003, en los que el algodón descendió a niveles históricamente nunca vistos, siendo prácticamente reemplazado

por la soja y el girasol, se advierte claramente la percepción colectiva del proceso de desterritorialización. Se habla de: “... la amplificada invasión de productores extraprovinciales, que ocuparon todos los espacios disponibles y volcaron más de 600.000 hectáreas a la soja excluyendo en muchos casos a los propios dueños de la tierra a resignarse a la renta anual” (Diario Norte, 15 de mayo de 2002, p. 2). Se refiere al endeudamiento generado por la crisis, resaltando que: “...dejaba como amargo corolario la pérdida de la titularidad y el trabajo de la tierra chaqueña, hoy en manos de empresas extrachaco (sic)” (Diario Norte, 31 de diciembre de 2003, p. 2).

La prensa local sintetizaba la realidad provincial señalando dos procesos simultáneos: “la desprovincialización” (sic) del área agrícola tradicionalmente algodonera y su concentración en pocas manos, “que no son chaqueñas”¹³. La referencia a “**los de afuera**” (“*invasión de productores extraprovinciales*”... “*empresas extrachaco*”) como categorías de actores con intereses en conflicto, no

13 “Se estima que menos de un millar de empresas agrarias cubren el 78 % de la gran producción del Chaco (los triunfadores del Chaco transgénico, los nuevos ricos de la soja). De aquel millar, casi el 80 % es de capitales de Córdoba y otras provincias, que invirtieron con buena puntería, sacando partido de nuestras flaquezas. Se codean con ellos unos 220 productores chaqueños que hoy conforman una minoría privilegiada: aguantaron lo peor, retuvieron sus campos y arriesgaron para mostrarse manejando sus 4x4, reestablecidos, potentes, envidiables (sic). Quedan poco menos de 14.000 productores chaqueños con explotaciones no mayores de 300 hectáreas; y entre éstos, los minifundistas de hasta 50 hectáreas están fuera del campeonato de los grandes cultivos. Solamente la apicultura, la horticultura y otros rubros diversificadores pueden darles la chance de salir de perdedores (Diario Norte, 23 de noviembre de 2003).

se reduce al discurso periodístico, sino que puede observarse en el propio discurso de los productores locales. No obstante la aparente disociación, es preciso señalar que ambas lógicas interactúan: muchos agricultores residentes en la provincia, poseedores de pequeñas y medianas explotaciones han encontrado una solución intermedia a la opción de dejar de ser algodoneros: ceden en alquiler parte de su predio para que los arrendatarios, en la mayoría de los casos oriundos de otras provincias, cultiven soja, pero permanecen residiendo en su predio y relativizan el “abandono” de la actividad agrícola con la reserva de una pequeña porción “no negociable” (unas 20 o 25 hectáreas) donde continúan sembrando algodón. Esta interacción no es la ideal, en la medida en que privilegia, por cuestiones de escala, a la mayor disponibilidad financiera. La persistencia de la agricultura familiar tradicional se fundamenta en la costumbre de una práctica compartida entre los colonos que alienta la permanencia de un cultivo enraizado en la memoria colectiva. El cultivo está anclado al territorio, y la resistencia que han demostrado los productores ante la presión de la gran agricultura empresarial de índole especulativa ha generado políticas de asistencia para su sustento en el ejemplo de estudio. Esta respuesta indica que las territorialidades pueden coexistir sin antagonismos en la medida en que las estrategias de políticas públicas basadas en la convergencia de intereses de los actores sociales consideren **el peso de la identidad territorial** para orientar positivamente las acciones de desarrollo sostenible en un espacio determinado, (IICA, 2006).

La antigua trama territorial del algodón se ha reestructurado progresivamente, luego de la crisis más grave que sufriera el sector en todo el siglo XX. La nueva trama involucra una agricultura de tipo familiar que sobrevive en ciertos espacios a partir de estrategias diferenciadas de inclusión, sostén y promoción de estos segmentos productivos como parte de una política estatal. En jurisdicciones marginales, como es el caso de la provincia del Chaco, donde la persistencia de ciertas tradiciones productivas, (asociadas en este caso al cultivo del algodón), constituyen un factor muy importante de arraigo territorial, el sostén de los segmentos más vulnerables garantiza la supervivencia productiva de miles de familias rurales y la expansión de oportunidades de trabajo y crecimiento con inclusión y equidad.

5. Conclusiones

Como se desprende del análisis efectuado en el trabajo precedente, los geógrafos disponen de renovados enfoques que trasuntan una indispensable interdisciplinariedad, una concepción ecléctica del espacio geográfico y una visión multiparadigmática y multiescalar como perspectiva comprometida y aporte original de la geografía a la solución de las complejidades y las contradicciones que plantea la vida en el siglo XXI.

La evolución de la geografía ha ido ampliando el conjunto de perspectivas teóricas y temáticas. Este panorama de enriquecimiento y polisemia conceptual se tradujo en una **resignificación** disci-

plinar de la espacialidad, a partir de los nuevos alcances del concepto de espacio geográfico y con ello, de sus categorías de análisis. El *foucaultiano* sentido heterotópico del espacio encuentra en la actual riqueza conceptual de la disciplina geográfica un refugio para intentar explicar las múltiples facetas de la espacialidad. Conceptos que aluden a la espacialidad de flujo, yuxtaposición, porosidad y conectividad relacional (Amin, 2005, p. 79) conviven con visiones más subjetivas que enfatizan el sentido del territorio y del lugar. “Ninguna de las espacialidades debe ser estudiada en compartimentos disciplinares especializados, ni dotada de prioridad ontológica sobre las otras” (Delgado, 2003, p. 96).

Los geógrafos han incorporado teorías y conceptos aportados por las distintas ciencias sociales y esa apertura se ha visto complementada desde estas últimas hacia aquella, por la constante y creciente referencia a la *dimensión espacial* de los fenómenos.

El espacio no ha perdido su importancia sino que ha ampliado su simbolismo y sus representaciones. La progresiva profusión de opciones de comunicación instantánea desde cualquier parte del planeta y la volatilidad de los movimientos del capital y de las opciones de acceso e intercambio de información, contribuyeron a reforzar la idea de relativización —y hasta de extinción— de las distancias físicas.

La separatidad —en términos espaciales— ya no es un obstáculo ni una

limitación a la interrelación humana en cualquier lugar del planeta. Esta percepción alimentó la impresión de que los ámbitos de impacto de un fenómeno, habían perdido su otrora importancia como condicionantes del mismo. Como respuesta a esta *supuesta desvinculación contextual* de las fuerzas que operan *no importa dónde* y de relativización de los escenarios de acaecimiento de las mismas, se ha ido gestando en la geografía, en las últimas décadas, una progresiva atención a los espacios de incidencia en tanto constituyen el resultado y la expresión —tanto física como virtual— de prácticas y representaciones humanas originales que los reconstruyen, viven y gestionan constantemente, a partir de vínculos afectivos de pertenencia y de identidad.

Y es en el marco de esta tendencia que, dentro de las categorías analíticas que han constituido los instrumentos a partir de los cuales la investigación geográfica evolucionó en los últimos 150 años, el *territorio* como construcción en la cual transcurren las relaciones interpersonales y sociales ha sido crecientemente revalorizado como la expresión del sentido de pertenencia, de la construcción identitaria y de ligazón afectiva con el espacio, vínculos que han cobrado una renovada trascendencia en el marco de la volatilidad y despersonalización de las relaciones humanas del mundo globalizado.

Los territorios —como ámbitos de ejercicio de territorialidades— continúan evidenciando *valorizaciones distintas* y *anclajes diferenciados*. A modo de

ejemplo hemos enfocado brevemente en este artículo el caso de la compleja convivencia que genera la pugna entre los intereses de la agricultura de tipo empresarial, desarrollada a gran escala y orientada a la exportación, y la pequeña agricultura familiar tradicional, arraigada afectiva e identitariamente a la tierra.

Las posibilidades de aportar nuevos conocimientos a partir del estudio de la

valiosa trama de implicancias de los territorios y la territorialidad como expresión y ejercicio de la construcción humana del espacio geográfico, del “dónde” y “cómo y por qué allí”, representan simultáneamente un desafío y una oportunidad para la tarea del geógrafo, como privilegiado intérprete de esta compleja dinámica desde las múltiples perspectivas que enriquecen y distinguen a la geografía actual.

Literatura citada

- Amin, A. (2005). Regiones sin fronteras. Hacia una nueva política del lugar. *Ekonomiaz* (58). San Sebastián.
- Avendaño, I. (2010). Un recorrido teórico a la territorialidad desde uno de sus ejes: El sentimiento de pertenencia y las identificaciones territoriales. *Inter.c.a.mbio*, 7 (8), 13-35.
- Bailly, S. & Racine, J-B. (1978). Les géographes ont-ils jamais trouvé le nord? questions à la géographie. *L'espace géographique*, 1, 5-15.
- Capel, H. (1981). *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea*. Barcelona: Barcanova.
- Capel, H. (1998) Una geografía para el siglo XXI. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, (19). Universidad de Barcelona.
- Delgado, O. (2003). *Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Unibiblos.
- Diario Norte. (2003, 23 de noviembre).
- Diario Norte. (2002, 15 de mayo). *Suplemento Norte Rural*. p. 2
- Diario Norte. (2003, 31 de diciembre). *Suplemento Norte Rural*. p. 2
- Driver, F. (1994). New perspectives on the history and philosophy of Geography. *Progress in Human Geography*, 18 (1), 100-109.
- Echeverri, R. (2009). *Territorio e identidad en Brasil*. Instituto Interamericano de Agricultura, IICA, para la Secretaría de Desarrollo Territorial del Ministerio de Desarrollo Agrario de Brasil. Recuperado de: http://proterritorios.net/site_v7/comun/viewer.php?pdf=http://www.proterritorios.net/sites/documentos/biblioteca/L9.pdf
- Echeverría, M. C. & Rincón, A. (2000). *Ciudad de territorialidades: polémicas de Medellín*. Bogotá: Colciencias, Cehap. Serie Investigaciones N° 22. Recuperado de: <http://www.bdigital.unal.edu.co/2170/1/MCE-INV22.PDF> .
- Estébanez, J. (1982) *Tendencias y problemática actual de la Geografía*. En Cuadernos de Estudios N° 1. Serie Geografía. Madrid: Cincel.
- Farinós, J. (2001). Reformulación y necesidad de una geografía regional flexible. *Boletín de la A.G.E.* (32), 53-71. Recuperado de: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1122499>

- Foucault, M. (1984, octubre). Des espaces autres. *Architecture, Mouvement, Continuité*, (5), 46-49. Foucault, M. (1997, septiembre). L. G. Pérez Bueno (trad.). Revista Astrágalo, (7).
- Giddens, A. (1994). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.
- Gómez, J., Muñoz, J. & Ortega, N. (1982). *El pensamiento geográfico. Estudio interpretativo y antología de textos (de Humboldt a las tendencias radicales)*. Madrid: Alianza. 530 p.
- Gutiérrez, J. (2001). Escalas espaciales, escalas temporales. *Revista Estudios Geográficos*, 92-97. Madrid: Instituto de Economía y Geografía, CSIC.
- Harvey, D. (2007). *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Serie Cuestiones de antagonismo N° 44. Madrid: Akal.
- Herner, M. T. (2009). Territorio, desterritorialización y reterritorialización: un abordaje teórico desde la perspectiva de Deleuze y Guattari. *Huellas* (13). La Pampa: Instituto de Geografía, Facultad de Ciencias Humanas. Recuperado de: <http://www.biblioteca.unlpam.edu.ar/pubpdf/huellas/n13a06herner.pdf>
- Hiernaux & Lindón, Al. (Directores). (2006). *Tratado de Geografía Humana*. México: Anthropos. 652 p.
- Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura –IICA-; Ministerio de Desarrollo Agrario –MDA-. (2006). *Desenvolvimento sustentável e territorialidade: identidades e tipologias, bases conceituais e proposta metodológica*. Brasília: BR.
- Jordan, T. (1996). La psicología de la territorialidad en los conflictos. *Psicología Política*, (13), 29-62. Recuperado de: <http://www.uv.es/garzon/psicologia%20politica/N13-3.pdf>
- Lindón, A. (2006). *La espacialidad de la vida cotidiana: hologramas socio-territoriales de la cotidianeidad urbana*. En J. Nogué & J. Romero. Las otras geografías. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Mayans i Planells, J. (2005). *CAT: viejas ignorancias, nuevos territorios*. Disponible en el ARCHIVO del Observatorio para la CiberSociedad en <http://www.cibersociedad.net/archivo/articulo.php?art=203>
- Méndez, R. & Molinero, F. (1994) *Espacios y sociedades. Introducción a la geografía regional del mundo*. Barcelona: Ariel. 669 p.
- Montañez, G. (2001). *Razón y pasión del espacio y el territorio. En Espacio y Territorios. Razón, pasión e imaginarios*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Recuperado de: http://www.bdigital.unal.edu.co/33/2/352_-_1_Prel_1.pdf .

- Ortega, J. (2000). *Los horizontes de la geografía. Teoría de la geografía*. Barcelona: Ariel Geografía. 604 p.
- Pérez, G. (1994). *Investigación Cualitativa. Métodos y técnicas*. Buenos Aires: Fundación Universidad a Distancia "Hernandarias", Docencia. 382 p.
- Pickenhayn, J. A. (1994). *Epistemología y Geografía*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Pillet, F. (2004). La geografía y las distintas acepciones del espacio geográfico. *Investigaciones Geográficas*, (34), 141-154. España: Universidad de Alicante.
- Puyol, R., Estébanez, J. & Mendez, R. (1995). *Geografía Humana*. Madrid: Cátedra Geografía. 528 p.
- Precedo, A. (2004). El modelo de desarrollo comarcal. *Boletín de la AGE*, (38), 29-45.
- Racine, J. B. & Bailly, A. S. (1979). *La géographie et l'espace géographique à la recherche d'une épistémologie de la géographie*. *Espace Géographique*, (4), 283-291.
- Romero, J. et al. (2007). Geografía humana. Procesos, riesgos e incertidumbres en un mundo globalizado. Barcelona: Ariel.
- Sánchez, J. L. (2003). *Naturaleza, localización y sociedad. Tres enfoques para la geografía económica*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Santarelli, S. & Campos, M. (2002). *Corrientes epistemológicas. Metodología y prácticas en geografía. Propuestas de estudio en el espacio local*. Bahía Blanca, Argentina: Departamento de Economía, Universidad Nacional del Sur. 319 p.
- Santos. (2000). *La naturaleza del espacio*. Barcelona: Ariel. 348 p.
- Soja, E. (1996). The trialectics of spatiality. En *Thirdspace*. UK: Blackwell Publishers.
- Soja, E. (1993). *Geografías pós-Modernas. A reafirmação do espaço na teoria social crítica*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar. 325 p.
- Unwin, T. (1992). *El lugar de la geografía*. Madrid: Cátedra. 342 p.
- Valenzuela, C. (2006). *Transformaciones agrarias y desarrollo regional en el nordeste argentino. (Una visión geográfica del siglo XX)*. Buenos Aires: La Colmena. 186 p.

Recepción: 29 de noviembre de 2011

Evaluación: 16 de enero de 2012

Aprobación: 12 de febrero de 2012